Aquella butaca, obra de arte muy recomendable seguramente, no llenaba sino muy imperfectamente su cometido, puesto que, posteriormente, se han inventado otras en el siglo XIX que son mucho mas cómodas.

Sin embargo, efecto sin duda del cansancio el teniente no tardó en quedarse dormido como un tronco.

Haria una media hora que estaba durmiendo, cuando acaesió una cosa singular.

II

Si la curiosidad nos hubiera impulsado á mirar la tarjeta que el oficial dió al lacayo, hubieramos podido ver que se llamaba *Marcelo Laugier*.

Tenia veinticinco años.

Era un guapo mozo, de mediana estatura, mas bien alto que bajo. El desarrollo de su musculatura acusaba gran vigor no exento de elegancia. El rostro tostado por el sol, y el pelo negro y rizados cabellos. Su fisonomía era simpática, brillaba en su mirar la inteligencia y la energía. La fina y sedosa barba era negra como el pelo.

El conjunto de aquella notable cabeza, tenia á la vez algo de artista y de soldado.

Y en efecto: el jóven pintaba en sus ratos de ócio, y los inteligentes concedian gran valor á sus ensayos, que presagiaban obras propias de un talento verdadero.

Descendia Marcelo Laugier de una respetable familia de la clase media de Normandía. era hijo único, poseía seis ó siete mil libras de renta de los bienes de su madre. y debía heredar á la muerte de su padre una fortuna cuantiosa.

La guerra franco-alemana había desarrollado su vocacion por la carrera de las armas.

Siendo voluntario en un regimiento de caballería cuando la suerte de las armas francesas era adversa, fué condecorado á consecuencia de un brillante hecho de armas que realizó en el campo de batalla de Coulmiers, y continuó en en el servicio militar despues de haberse firmado la paz; y sus compañeros, lejos de mostrarse envidiosos de su rápida y merecida elevacion, aseguraban que no tardaria mucho en obtener nuevos ascensos en su carrera.

Hemos dejado hace media hora al oficial profundamente dormido en la butaca, de cuyo respaldo de terciopelo rojo se destacaba su fina y enérgica cabeza.

Con el traje desabrochado se veía la blancu-

ra de su cuello, parecida á la de Antinous ó á la de Baco indio.

Tenia una mano correctamente dibujada, y apoyábase en el brazo del mueble secular.

Un pintor que dibujára un cuadro de género, no hubiera colocado su modelo de manera mas natural y mas elegante.

En este momento se verificó el hecho singular que hemos mencionado al final del capítulo anterior.

El teniente se encontraba justamente frente del portier de tapicería que separaba el cuarto de dormir del tocador.

Sin ruido de ninguna clase en esta última habitacion, moviéronse de pronto los tapices flamencos que cubrian la puerta, y unos finísimos dedos cubiertos de ricas sortijas separaron las cortinas con gran precaucion; y entreabiertas que fueron, dejaron ver dos grandes ojos de rara belleza y que tenian algo de fantásticos. El resto del rostro permaneció oculto entre los tapices como debajo de una careta.

Aquellos ojos extraños se dirigieron al durmiente, y por espacio de algunos segundos quedaron clavados en él.

Dícese que una mirada fija y prolongada desarrolla un fluido magnético de incontestable fuerza.

Por nuestra parte no ponemos en duda este

fenómeno, y podriamos citar en su apoyo numerosos ejemplos.

Fuese que el fluido que surgía de miradas misteriosas obráran en el oficial, fuera efecto de la casualidad, Laugier hizo un movimiento.

Moviéronse sus párpados, entreabrióse su boca y agitóse su mano en el vacío. Hubiérase dicho que se iba á despertar.

Los dedos cuajados de sortijas soltaron en seguida la colgadura.

Volvieron á caer las cortinas, y los ojos desaparecieron detras del tapiz.

El teniente habia recobrado su inmovilidad y durmió aún durante una hora.

Pasado que fué este tiempo levantó la cabeza que poco á poco habia inclinado sobre el pecho, extendió los brazos, pasó una de sus manos por su frente para disipar un resto de pesadez y se sintió descanzado y animoso.

Abandonó entonces la butaca, escribió dos ó tres cartas, entró en el tocador, que encontró desierto como cuando hizo la primera visita, entregóse á nuevas abluciones, abrió su maleta, vistióse su uniforme de gala, cogió un par de guantes color gris perla de irreprochable frescura, y en el momento de salir tiró del cordon de una campanilla.

Pasados dos minutos, se presentó el viejo criado y preguntó: